

Editorial

El azote del ruido

Quizás dos de los bienes de la Naturaleza más añorados en la actualidad por los hombres sean el agua natural y el silencio.

El agua natural ha desaparecido de las grandes urbes. En Madrid no existen ya aquellas viejas fuentes de las que manaba agua gorda, salada, ferruginosa, muy alabada por Lope de Vega. Apenas subsisten, tampoco, allá en México, los muchos hontanares de agua dulce que nutren al río Papaloapan, con sus originales ramajos de cristal, en los que Pablo Neruda imaginaba hundir su frente, su piel, sed y sueño.

El agua natural yace hoy prisionera, embotellada, y se ofrece cual sofisticada bebida en restaurantes de París, Londres, Berlín, Barcelona, Madrid. Y, en célebres bares de moda.

También el silencio, la falta de ruido, ha desaparecido en la actualidad, se refugia, avergonzado, en bosques, ermitas antiguas, alta mar, estratosfera.

El ruido es un sonido inarticulado, confuso, potente, que perturba nuestro sueño, nuestros merecidos minutos de asueto. Es un azote, una plaga de la que casi no se habla. Aunque es un mal tan agresivo y letal como pueden serlo el tabaquismo, la obesidad, el aumento de colesterol.

Al llegar la canícula es insoportable el exceso de decibelios, que sobrepasan los límites tolerados por las ordenanzas, 25 en horas nocturnas, 65 en las diurnas. Se debe esta saturación, sobre todo, a los inclementes aparatos de aire acondicionado, las tenaces sirenas de las ambulancias,

los aviones de reacción, la brutal retirada de los contenedores de basura, las inacabables obras públicas, las descaradas motocicletas, las atosigantes dinamos de los barcos de pasajeros; el estruendo musical de discotecas, radios y televisores.

Los efectos patógenos del ruido sobre el organismo humano son graves y, a menudo, funestos. Trastornos del aparato circulatorio; taquicardias, extrasístoles, disfunciones de las arterias coronarias. En el sistema nerviosa, insomnio, ansiedad, irritabilidad, cansancio.

Nada se intenta para poner remedio a este nuevo azote de la Sociedad de hoy.

Recuerdo que, hace unos años, en una visita que hice a Egipto, conocí a un galeno español, el doctor Ibáñez, que había sido médico del rey Faruk. Me contó que, para huir del ruido de la ciudad, se había comprado una finca ubicada en el desierto, en la "que se podía oír el silencio". Pude yo también comprobar en ella "el sonido del silencio".

Evocar las fuentes perdidas, el silencio roto, es un desesperado ejercicio espiritual.

Rafael Alberti, durante todos sus largos años de exilio, soñaba con la fuente del patio de su casa en el Puerto de Santa María. Que ya no debía funcionar. Pero sí murmuraría en el silencio de la noche. Y, tal vez le ofreciera, a su regreso, un chorro de agua fresca que saciara su sed de exiliado.

El silencio, ese consuele metafísico, anhelado siempre por Juan Ramón Jiménez. En el silencio, pensaba el poeta, parece que "lo eterno se coge con la mano".

El oro del silencio.

¿Qué lejano, imposible, hacer realidad los versos de Juan Ramón:

"Sólo turba la paz una campana, un pájaro..."